

## XV

“¿Qué quieres que te cuente? ¿Lo que pasó o lo que me contaron? Porque no me acuerdo de mucho...”, arrancó Martín apenas se sentó junto al escritorio del doctor Márques, quien le había ofrecido un café (el cual fue rechazado tajantemente por la visita) y ahora fumaba paciente, a la espera de respuestas. “Contame todo lo que puedas”, respondió el abogado echándose hacia atrás en la silla, que se alejó unos centímetros hacia la pared del fondo. Luego cruzó su pierna derecha sobre la izquierda, a la altura de las rodillas, y añadió: “Te escucho.”

-Cuando me desperté en el hospital, los policías y los médicos me dijeron que había estado en un accidente de tránsito con mi camioneta que me dejó inconsciente por varias horas.

-Ajá.

-Del choque sólo recuerdo que todo empezó a dar vueltas y que me desmayé, nada más. El resto me lo contaron los demás.

-¿Quiénes son `los demás`?

-Cómo te dije, los policías, que me decían que me tenían bajo custodia porque había muerto una persona y los médicos que contaban que tenía un fuerte golpe en la cabeza porque mi camioneta había dado varios tumbos.

-Vos estabas con Dolores al momento del accidente. ¿Ella que te dijo?

-Nada. Me tuvieron aislado durante las cuarenta y ocho horas que estuve internado en observación. Sólo vi a mis padres y a mi hija, que no sabían qué había pasado y me decían que ella, me refiero a mi esposa, estaba alojada en el mismo hospital.

-¿Cuándo la volviste a ver?

-Desde el accidente no la volví a ver. No sé qué pasó realmente, pero ella desapareció. Para mí que se murió en el hospital o sigue internada ahí, en estado irreversible y nadie se anima a decírmelo. Pero lo que no entiendo es por qué ahora apoyan a esta impostora.

-¿Impostora?

-Sí. Esta mujer que se hace llamar Dolores y dice ser mi esposa es una impostora. Lo único que tiene en común con mi verdadera mujer es el parecido físico. Pero nada más.

-O sea, que esta mujer sería una especie de doble, ¿a so te referís?

-Exacto.

-¿Y quién es esta impostora en verdad?

-No sé quién es. Pero sé quién la manda: Josefina no sé cuánto, la madre biológica de la verdadera Dolores, quien hace un año y medio vino a Gesell a extorsionarnos.

-Es decir que esta impostora viene a extorsionarte de nuevo...

-Claro. Lo que no entiendo es cómo logró convencer a mis padres, a Doña Teresa y hasta mis amigos –se inquietó Martín sobre su asiento-. ¡Evidentemente, acá hay un complot contra mí!

-Bueno, tranquilízate. Ya vamos a descubrir qué es lo que pasa. Lo primero que voy a hacer es chequear las actas de defunción labradas ese día en el hospital para confirmar la muerte de Dolores. Porque en la cédula judicial que te enviaron para la indagatoria te acusan de homicidio culposo pero por el fallecimiento de un hombre que, caculo yo, debe ser el otro automovilista.

-Tampoco recuerdo si murió el otro conductor. Todo está muy confuso en mi cabeza. Y cada vez que me esfuerzo por hacer memoria me agarran unas puntadas terribles.

-Y respecto a eso, vamos a ir a ver a unos médicos expertos lo antes posible para que te hagan unos estudios. Quiero asegurarme de que te encuentres bien. Conozco un especialista muy bueno con el que trabajé durante muchos años.

Mareado y con bronca, Martín abandonó el estudio del doctor Márques más confundido de lo que había llegado, con respuestas que le resultaban insuficientes. Por su parte, el abogado, apenas su cliente cruzó la puerta del despacho llamó telefónicamente Dolores y le pidió que se acercara a la oficina de manera urgente ya que, según sus propias palabras, no había “tiempo que perder”.

Lola salió de la casa de su suegra a las corridas luego de dejar a su hija al cuidado de Rita y partió rápidamente hacia el estudio Márques, ubicado en pleno centro de la villa, muy cerca del restorán. Cuando llegó, su rostro estaba cubierto de sudor y su cabellera estaba completamente despeinada por el apuro y la agitación, tanto física como mental, pero también por efecto de un implacable viento.

-Gracias por venir tan rápido -dijo el abogado a la mujer mientras le estrechaba la mano-. Siéntese, por favor -agregó y le señaló la misma silla en la que hasta un rato antes había estado sentado Martín.

-¿Habló con mi marido? ¿Le contó todo? -preguntó ella, acelerada.

-Sí. Y me dejó muy preocupado. No sé qué es lo que podemos hacer porque en breve tiene que ir a declarar a la fiscalía, pero lo ideal sería que primero vaya a ver a un médico.

-¿Un médico? Pero en el hospital lo asistieron y dijeron que estaba bien, que, de hecho, había sido un milagro que los dos hayamos salidos vivos del accidente.

-Dolores, me parece que Martín está delirando, que su problema es mental, no físico.

-Yo no entiendo nada pero pienso lo mismo y sus padres también. Y sobre la fiscalía, ¿no se puede posponer la citación?

-Sí. Y también se puede negar a declarar, pero no quiero dilatar la situación porque la fiscal va a pensar que está tratando de ocultar información o hacerse pasar por un loco inimputable.

-¿Inimputable?

-Es cuando una persona no comprende la criminalidad de sus actos, por lo tanto, no le pueden imputar ningún delito.

-Ah, entiendo. Lo que no sé es por qué él se rehúsa a ir al médico. Yo ya se lo pedí varias veces pero no me quiere escuchar. Está cada vez más aislado y la situación empeora con las horas porque todas las demás personas que él conoce le dicen que está confundido y él cree que le mienten a propósito.

-Tenemos que tranquilizarlo y tratar de reconstruir lo que pasó con la mayor precisión posible. Por eso, ahora necesito saber su versión de los hechos. Así que trate de contarme todos los detalles que recuerde del accidente.

Dolores entonces realizó un relato pormenorizado de cómo se despertó cuando la camioneta empezó a dar tumbos y en esa alocada carrera impactó contra un auto que transitaba de frente a ellos, por la mano contraria. Luego se desmayó y recobró el conocimiento cuando los bomberos y enfermeros la retiraban del interior de su vehículo totalmente abollado y tumbado del lado del conductor sobre la banquina. Allí, alcanzó a divisar el otro auto que había quedado sobre la calzada con el capó destruido hasta la altura del volante y al costado un cuerpo inerte y cubierto con un nailon color negro.

-Primero me asusté pensando que era Martín ya que a él no lograba verlo por ningún lado, pero los médicos enseguida me dijeron ya lo estaban llevando al hospital de Mar del Plata, donde después me internaron a mí también.

-¿Qué recuerda de su estadía en el hospital?

-No mucho, sólo que la jefa de guardia que me atendió me dijo que quedara tranquila porque tanto Martín como yo nos íbamos a recuperar pronto, que habíamos tenido un Dios aparte. Sólo eso.

-Está bien. No se haga problema si no recuerda muchos detalles. Me voy a enterar de cómo ocurrió el choque cuando mañana vaya a leer el expediente y vea qué dijeron los otros testigos. Ahora, ¿es cierto lo de esta señora Josefina que él menciona?

-Sí, esa señora existe. Es mi madre biológica pero no nos llevamos muy bien con ella porque el año pasado, cuando descubrimos quien era, quiso extorsionarnos a mí, a Martín y a mi mamá, la adoptiva, digamos.

-Ahora empiezo a entender por qué Martín piensa en que hay un complot en su contra. Cuando me lo contó creí que lo había inventado. De todos modos, el mundo sabe que usted está viva, por lo que esa historia no va a prosperar cuando declare. Por eso, le mejor que podemos hacer es convencerlo de que no diga nada sobre ese tema en la fiscalía y resolverlo entre nosotros cuanto antes.

-Yo no puedo convencerlo de nada. Si ni siquiera me habla. Así que va a tener ser usted quien lo haga.

El doctor Márques ya tenía en mente un plan que probablemente funcionase. Sabía dónde presionar Martín para que desistiera de su descabellada historia. A todos les aterra la idea de terminar preso y, si bien su cliente casi no tenía chances de ir a una prisión, se iba a asustar bastante ante la más mínima posibilidad que él le presentara.

Al día siguiente de entrevistarse con el matrimonio, el doctor Márques viajó a Mar del Plata para asumir formalmente la defensa de Martín y así poder interiorizarse de los contenidos de la causa judicial en la que resultó no haber demasiado misterio. Si bien no era un especialista en derecho penal, el abogado rápidamente se dio cuenta de que se había tratado de un trágico accidente en el que su cliente había actuado de

manera completamente culposa. Todo apuntaba a que en un segundo de descuido del conductor, la camioneta había mordido la banquina de la ruta y perdido el control del vehículo.

En principio, Martín no se había excedido en la velocidad, no estaba alcoholizado ni drogado, tenía colocados su cinturón de seguridad y las luces bajas encendidas; todo dentro de las normas de tránsito vigentes. Además, la documentación de su camioneta estaba en regla, por lo que no existía ni una sola razón para que su situación procesal se agravara.

Pero la preocupación del abogado era otra: cómo convencer a su cliente para que le hiciera caso a la hora de declarar. Por un momento pensó en aconsejarle que se negara a hacerlo y pasar a una posterior ampliación de la indagatoria, tal como ya le había dicho a Dolores, pero temía que la fiscalía desconfiara. Y a eso había que sumarle que si Martín estaba decidido a hablar, lo iba a hacer; por lo que mantenerlo callado resultaría prácticamente imposible.

Apenas llegó a la villa, el abogado fue a ver a su cliente al negocio de éste. El último encuentro en su despacho había puesto a Martín bastante nervioso, a la defensiva y como ahora no pretendía volver a alterarlo decidió cambiar de escenario por uno que le resultara más familiar. Cuando entró al restorán, Leo le dijo que Martín estaba en su oficina, encerrado, tal como lo hacía la mayor parte del tiempo desde que había salido del hospital. Por entonces, el jefe prefería quedarse solo, sin hablar con nadie, a excepción de su pequeña hija y su madre.

Martín estaba navegando por Internet cuando el doctor Márques abrió la puerta y lo saludó. Al verlo, se desentendió de lo que estaba haciendo.

-¿Cómo te fue Isidro?

-Bien. En principio, no hay que preocuparse, pero si no hacemos las cosas bien la situación se puede complicar.

-¿Cómo?

-Martín, nos conocemos hace mucho tiempo y no te voy a mentir. Si insistís en declarar sobre tu teoría del complot y del doble, la fiscalía no te va a creer nada de lo que digas y va a pensar que te vas a fugar o entorpecer la investigación, y quizás te deje detenido hasta que resuelva tu situación procesal.

-Pero vos mismo me dijiste que es un delito excarcelable.

-Sí, lo es. Pero si entiende que existen algunos de esos dos agravantes que te acabo de mencionar la mano se puede complicar.

-¿Qué agravantes? –insistió Martín, visiblemente alterado.

-Peligro de fuga o de entorpecer la investigación.

-Ah.

-Además, hay que tener en cuenta que la querrela va a ir con todo contra vos. Por eso debemos pensar muy bien qué es lo que vas a decir.

-Lo que no entiendo es lo siguiente: si mi esposa y yo también fuimos víctimas del accidente, ¿por qué me acusan a mí solo?

-Es que al morir el otro automovilista, responsable de las lesiones en perjuicio tuyo y de Dolores se extinguió la acción penal contra él. Así que a la fiscalía no le queda otra opción que impulsar tu imputación.

-Entiendo. Pero que te quede claro: yo me hago cargo y respondo por esta acusación, pero de ninguna manera pienso ir preso –Martín se puso de pie y apoyó las palmas de su mano sobre el escritorio, inclinando su torso hacia adelante-. ¡Porque eso es justamente lo que quieren estas mujeres que buscan sacarme del medio para quedarse con todo!

-Quedate tranquilo, por las dudas ya estoy trabajando en un pedido de excarcelación así que, en el peor de los casos, sólo llegarías a estar detenido en sede policial por unos días –el abogado se levantó de su asiento, extendió su brazo derecho y

posó su mano en el hombro izquierdo de su cliente-. Pero no pensemos en ese escenario ahora. Mejor apuntemos a la indagatoria de mañana. Confía en mí –le dijo con tono sereno y mirándolo a los ojos. Entonces advirtió que aquel hombre estaba absolutamente desencajado.

El doctor Márques y Martín fueron al día siguiente a Mar del Plata los dos solos y a bordo del auto del abogado. A las 10 debían presentarse ante la fiscal Mariela Ruíz, de la Unidad Funcional de Instrucción (UFI) 11 de Delitos Culposos, en los tribunales ubicados en 9 de Julio 2717. Era una fiscalía nueva, en un edificio judicial también nuevo y la joven instructora estaba dispuesta a hacer carrera, por lo que se tomaba su trabajo seriamente, quizás demasiado, al tiempo que se jactaba de su alto porcentaje de casos esclarecidos; mientras que la mayoría de sus inmediatos colegas, a diferencia de ella, debían afrontar un aluvión de delitos dolosos graves, en su mayoría producto de hechos extremadamente violentos, con armas y de inseguridad.

Durante el viaje, Martín había estado callado, sólo habló cuando su abogado le hizo prometer que iba a declarar lo que habían acordado puntillosamente. Estaba cansado y le dolía la cabeza. Y como hacía días que no podía dormir más que unas pocas horas de corrido le ardían los ojos y sentía su cuerpo muy pesado, como entumecido. Encima, el café del desayuno en vez de despabilarlo le había revuelto el estómago, por lo que, además, tenía algunas náuseas, las que se potenciaban con el cúmulo de nervios que lo hacían sudar.

Al entrar a la oficina de la fiscal le temblaban las piernas y enseguida lo hicieron sentar ante la secretaria, tan joven como Ruíz, quien le tomó sus datos personales para cotejarlos con los que ya constaban en el expediente. El defensor dedujo que, por la forma de manejarse de ambas, las dos mujeres habían estudiado y trabajado juntas



durante muchos años y que conformaban un equipo unido, fuerte, y esto lo inhibió un poco.

Por su parte, Martín comenzó a marearse mareó pero no alertó a nadie de su malestar porque, si bien no tenía ganas de declarar, quería acabar con todo el trámite lo antes posible para sacarse las espinas que le comían el pecho.

Tal como lo había anticipado el doctor Márques, la fiscal arrancó con todo. Parecía que quería cerrar el caso rápidamente para engordar sus estadísticas ante los ojos de los jefes. Así fue que presionó a Martín con cada una de sus preguntas. Hasta lo hizo dibujar un croquis detallado del lugar del accidente y de cómo, según él, sucedieron los hechos. En el inicio, el acusado siguió el libreto de su defensor lo más fielmente posible, pero luego, al sentirse acorralado, su mente se desordenó y no aguantó más.

-Doctora, discúlpeme, pero ustedes se están equivocando. Me están investigando a mí cuando en realidad tendrían que decirme qué pasó con mi esposa.

La fiscal, molesta porque le había interrumpido su interrogatorio, lo miró sorprendida. Márques intentó interceder para pedir un receso de la indagatoria pero Ruíz se lo negó.

-¿A qué se refiere señor Mare?

-Tienen que hablar con Josefina Aqua. Ella es la persona que sabe qué fue lo que realmente pasó.

-¿Lo qué pasó con quién? Explíquese por favor -ordenó la fiscal al acusado, cuya abogado sólo atinó a tragar saliva y agachar la cabeza.

Y en esa pose de resignación e impotencia se mantuvo mientras Martín se refirió brevemente a su teoría y Ruíz y su secretaria se miraban sin entender.

-Mire, señor Mare -retomó Ruíz apenas terminó de hablar el imputado-, en la presente causa se investiga el homicidio culposo de *Esteban Quiroga* y, por lo que

hemos acreditado hasta el momento, usted es el autor material y único imputado, y su esposa, la señora Aqua, es una testigo. Ahora, si usted decide denunciar otro delito diríjase a la fiscalía criminal de turno y hágalo.

-¡Pero usted no entiende! ¡¿Cómo tengo que explicarlo?! ¡¿Qué tengo que hacer para que me crean?! -gritó Martín parándose de su silla y ante la mirada atónita de todos los presentes en la oficina-. ¡Quiero saber qué pasó con mi esposa! ¡Es mi derecho y a nadie parece importarle! -exclamó y golpeó con su puño derecho apretado el escritorio de la fiscal.

Ante esa situación, Ruíz dio por terminada la indagatoria y ordenó trasladar al acusado a la alcaidía de los tribunales. El doctor Márques lo acompañó hasta su celda y le pidió que se tranquilizara al verlo que no paraba de llorar. El abogado luego regresó al despacho de la fiscal, quien en ese momento firmaba el acta de indagatoria y otros documentos de rigor.

La instructora judicial le notificó que iba a ordenar como medida de seguridad que su cliente fuese derivado inmediatamente al Hospital Interzonal General de Agudos (HIGA) para que se le realizaran estudios psicológicos y psiquiátricos, y que para ello la defensa tenía posibilidad de designar un perito de parte.

El doctor Márques asintió con la cabeza porque no veía otra opción. Someterlo a los estudios médicos había sido su intención desde un comienzo porque sabía que estaba enfrentando una situación totalmente anormal, pero le disgustaba que ahora tuvieran que realizarlos de manera compulsiva.

El abogado salió apurado de los tribunales marplatenses y realizó inmediatamente dos llamados desde su teléfono celular: uno a Dolores, para avisarle lo que acababa de ocurrir con su marido; y el otro al psiquiatra forense *Enrique Torres*. La primera comunicación fue bastante álgida porque la mujer, que venía de varios días de

pesadillas, se puso muy mal y perdió los estribos. Al doctor Márques le costó convencerla de que, por el momento, lo mejor no era que viajara desde Gesell para ver a Martín y ella sólo se tranquilizó un poco cuando éste le prometió que apenas pusiera un pie en la villa iría a verla para contarle todos los detalles.

Con Torres la conversación fue más corta y sencilla. Le propuso ser perito de parte para analizar a su cliente y el experto aceptó enseguida. Se conocían desde hacía muchos años, cuando ambos trabajaron para el Poder Judicial de Mar del Plata. Si bien Márques era más joven y su especialidad se centraba en el Derecho Civil y Comercial, había tenido a su viejo amigo como profesor en varios cursos de Penal. Además, la trayectoria del médico era ampliamente reconocida en el ambiente legal de La Feliz, donde sus dictámenes habían sido parte de numerosas causas.

Sin embargo, el caso más famoso en el que intervino Torres no había sido su mejor publicidad. Dos años antes, como perito oficial había elevado un informe que comprometía a un exconvicto acusado de violación y era la prueba clave de la causa. Pero en el juicio oral, el imputado fue absuelto porque en el expediente, su dictamen había sido incorporado por la fiscalía sin el sello y la firma del instructor judicial, por lo que el mismo fue anulado. Si bien había sido un terrible error técnico de los fiscales (tal como quedó demostrado en un juicio político promovido por la Procuración de la Corte provincial), éstos cargaron las culpas sobre la espalda del perito, quien finalmente decidió renunciar a su cargo y ejercer en el ámbito privado.

-Marquesito, asegurate que mañana a primera hora nos reunamos con la mujer de este hombre antes de ir al hospital -pidió el perito al abogado tras aceptar el cargo.

-Seguro. No hay que perder tiempo. Ya hablé con ella y a la noche la veo para arreglar lo de mañana. Así que nos vemos cuando salga de proponerte como perito de parte en la fiscalía.

-Perfecto.

La charla con el perito calmó el ánimo del abogado, quien se había visto desbordado por el aluvión desatado por Martín, y antes de regresar a la villa fue a ver a su cliente, al que acompañó desde la alcaldía de los tribunales hasta el hospital adónde iba a quedar alojado a disposición de la Justicia.

El pabellón neuropsiquiátrico del HIGA estaba situado en avenida Juan B. Justo y calle 167, en la zona sudoeste de la ciudad, donde, cada año, sus profesionales participaban del Congreso Nacional Argentino organizado por la Sociedad de Psiquiatría y la de Psicología Médica.

Era un complejo hospitalario inmenso y a Martín le parecía directamente infinito. Perdido, buscaba entender qué le ocurría en una pequeña habitación que él sentía se iba a achicando más y más; en especial, cuando oía sus gritos y llantos desesperados rebotar con inusitada rapidez contra las paredes desnudas y tristes.

Dolores fumaba intranquila en la cocina de su casa mientras su madre hacía dormir a Milagros, quien tras un par de noches en la casa de su otra abuela se había dado el gusto de volver a dormir en su cama, aunque no de la manera que la niña hubiese preferido. Si bien su madre le había preparado su comida favorita, a Mili le faltaba el postre que más le encantaba: su padre. Desde el accidente, toda la familia actuaba como si nada delante de la pequeña ya que era en vano tratar de explicarle aquella compleja y extraña situación.

La mujer esperaba ansiosa la llegada del doctor Márques y miraba por la ventana que había dejado entreabierta para permitir que saliera el humo del cigarrillo y así no impregnar de feo olor el ambiente. Cuando vio las luces del auto del abogado romper el espectro oscuro de la entrada al garaje, Dolores fue hasta la puerta del frente y la abrió para que entrara la visita. Luego se volvió hacia la habitación de su hija y se cercioró de

que estuviese cerrada. Se sentó a la mesa y ya sin importarle los olores encendió otro cigarrillo, justo cuando el letrado cruzó el umbral.

-Doctor, me dijo que me quedara tranquila y mi marido termina internado. ¿Qué pasó? -arrancó Lola cuando Márques ni siquiera se había sacado su sobretodo cubierto de gotas de llovizna.

-Dolores, entiendo su preocupación pero no me culpe. Esta situación se nos fue de las manos a todos, incluyéndola a usted. Evidentemente, Martín tiene un problema de salud más serio de lo que pensábamos -respondió el letrado mientras se sentaba frente a la mujer, que seguía echando humo-. No sabía que fumaba.

-Lo hago a veces, cuando estoy muy nerviosa. Creo que en un momento como éste no es para menos sentirse así, ¿no?

-Seguro. Pero mañana a la mañana vamos a ir a la fiscalía en Mar del Plata, después nos reuniremos con el médico que lo va a tratar a Martín y finalmente iremos al hospital para que vea a su marido, así se queda más tranquila. ¿Le parece bien?

-No veo que haya otras alternativas.

-No las hay por el momento. Primero es necesario averiguar qué tiene Martín y así sabremos cuándo va a poder salir del hospital.

Antes de retirarse, el doctor Márques le dijo a Dolores que a las siete de la mañana siguiente la pasaría a buscar en su auto. El abogado quería llegar al despacho de la fiscal Ruíz lo antes posible, lo único en lo que pudo estar de acuerdo con aquella mujer desesperada.

El viento casi cortaba la endeble luz que parecía destruirse en microscópicos pedazos hasta desaparecer ante la tremenda agitación del helado aire marino. Dolores estaba parada en el hall de los tribunales tratando inútilmente de refugiarse en su tapado de *corderoy*. El doctor Márques estaba dentro de la fiscalía cuando a ella se le presentó

un hombre mayor, con el pelo desalineado y una campera impermeable. No parecía un abogado, ni mucho menos un funcionario judicial por su aspecto poco serio, que rozaba lo ordinario, ya que también vestía unos *jeans* y mocasines náuticos. Este hombre llevaba un pesado maletín de cuero gastado en su mano izquierda, mientras que la derecha la extendió hacia ella para saludarla.

-¿Señora Aqua? Mucho gusto, soy el médico Enrique Torres.

Lola lo miró confundida, aunque le estrechó su mano de la manera más cordial que le resultó posible.

-Vengo a examinar a su marido -agregó el perito ante el gesto de desconcierto de la mujer.

-Perdóneme, es que me había olvidado su nombre. El abogado me lo dijo pero tengo tantas cosas en la cabeza que dudé.

-No se preocupe. La entiendo perfectamente. Deben ser momentos bastantes confusos para usted y su familia. Pero lo aseguro que rápidamente vamos saber qué es lo que le ocurre a su esposo.

-Gracias, sobre todo, por la rapidez con la que ha venido. Sé que el doctor Márques lo llamó con poco tiempo de anticipación.

-No hay problema. Con Isidro somos amigos desde hace tiempo. Y, además, estoy acostumbrado a andar a las corridas.

La mujer sonrió forzosamente y se llevó las manos a los bolsillos. Miró a su alrededor y se sintió sola, desamparada; a pesar de que se encontraba rodeada de una gran cantidad de personas que entraban y salían del edificio como si la puerta de ingreso al hall no existiese. De hecho, el acceso permanecía tanto tiempo abierto, que el frío exterior se colaba directamente, por lo que Lola y el médico se colocaron de espaldas contra una pared lateral, para tener más reparo.

Pero la espera fue breve, dado que minutos después, el doctor Márques bajó las escaleras al trote y se les unió.

-Bueno. La fiscal ya está enviando el oficio al hospital en el que acepta que seas el perito de parte. Así que vamos ya para allá. Cuánto antes empecemos, mejor -indicó el letrado a Torres.

-Bien. Vamos -dijo el médico y agarró su maletín que había dejado apoyado en el suelo de mosaicos color plomo que, al cruzar el umbral de la puerta, parecía unirse con el asfalto y luego volar hacia el cielo nublado.

-Por fin una buena noticia -señaló Lola tratando de seguir el paso ligero del médico.

-Le dije que tenía que tranquilizarse y que todo se iba a ir encaminando de a poco -respondió el abogado mientras le sostenía la puerta vaivén para que pasara.

Sin embargo, Lola aún estaba contrariada, y eso se notaba en la tensión de los músculos de su rostro.

-¿Tranquilizarme? -le preguntó ella retóricamente y en voz baja-. ¿Tengo que estar tan calmada como el médico que trajo?

-No se guíe por el aspecto exterior de Torres. Reconozco que parece poco convencional pero es un experto en la materia. Vamos, vamos, que nos espera.

La mujer y el médico se subieron al auto del abogado y partieron hacia el hospital, algo alejado del centro de la ciudad.

## XVI

El abogado cruzó la puerta de dos hojas de vidrio y con un barandal de madera que las cruzaba a ambas de manera diagonal y se sentó en la primera mesa disponible junto a la ventana desde la que podía escudriñar el ingreso principal al hospital. A pesar de que había pasado muchas veces por allí, era su primera visita a esa cafetería que, por su aspecto y disposición, no distaba mucho de las otras que funcionaban en la misma zona. Tampoco variaba el tipo de clientes, como los enfermeros que iban y venían apurados, los médicos que aprovechaban los últimos momentos antes de tomar un turno o los primeros después de una agotadora jornada laboral y, obviamente, los pacientes ambulatorios y los familiares de los enfermos que estaban internados en el hospital.

Márques dejó su maletín apoyado contra unas de las patas de la silla apenas separada de la pared y alzó su mano derecha, con el índice extendido, para llamar al mozo. Pidió un capuchino y se quedó mirando hacia la calle, pensativo. Sin dudas que estaba enojado consigo mismo y el malestar parecía dispuesto a quedarse con él por tiempo indeterminado. Mientras trataba de idear una manera de resolver la situación vio que Torres cruzaba la avenida en dirección al bar. El médico entró y como si fuera el living comedor de su casa, saludó a los mozos y al encargado detrás del mostrador y pidió “lo de siempre”.

-Ahora entiendo por qué me dijiste de reunirnos acá -dijo el abogado con un tono burlón.

-Y... son muchos años -respondió el médico sonriente.

-Bueno, vayamos al grano. ¿Qué me querías decir?

-Mirá, nos conocemos hace mucho tiempo y sé muy bien cómo funciona tu cabeza. Por eso te quiero decir que te quedes tranquilo porque esto no es culpa tuya. Le podría haber pasado a cualquiera.



-Gracias por el apoyo, pero no creo que sea así.

-En serio te lo digo. No seas gil, no te castigues. Son esos casos raros, que pasan una vez cada tanto.

-Puede ser. Pero lo manejé mal y no es la primera vez que en una situación muy difícil tomo malas decisiones.

-Estás exagerando. Y te lo dice alguien que sí estuvo en una situación muy, pero muy delicada y que tomó una decisión que la mayoría no compartió y que casi nadie entendió. Pero en Penal el trabajo es así: hay que tomar decisiones complicadas y hacerse cargo de las consecuencias.

-Pero lo tuyo fue distinto. Te hicieron una cama y no te dejaron otra opción.

-Tal vez. Pero podría haberme quedado en el Poder Judicial y no lo hice. Si total, yo tenía la conciencia tranquila, igual que vos ahora, ¿o no?

-Tengo la conciencia tranquila pero no estoy tranquilo. Je.

-Vos querías dedicarte a esto, bueno, ahora lo tenés. Pero no lo dejés ante el primer problema que se te cruza porque esto no es nada comparado con lo que puede llegar a venir.

-¿Lo decís por este caso?

-No sólo por lo de este pobre hombre, sino en general, por lo que este trabajo se trata -respondió el psiquiatra mientras bebía un sorbo de su agua tónica.

-Vos lo hacés sonar tan fácil. Pero no lo es.

-Claro que no lo es. Es lo que estoy tratando de decirte. Dale, terminate el café que la señora Aqua nos está esperando en el hall central del hospital.

-Pobre mujer. Ya debe estar caminando por las paredes.

-Mientras que no terminen caminando por tu cabeza... ¡Jajá!

-¡No seas hijo de puta! -retrucó el abogado, quien tomó su maletín del suelo y se puso de pie.

-Quedate tranquilo –indicó el médico, tras lo cual separó junto al abogado y lo palmeó en el lomo varias veces, no sólo para darle ánimo, sino también para apurarlo hacia la puerta.

No recuerdo demasiados detalles de cómo era el pabellón neuropsiquiátrico del hospital donde Martín estaba internado. Quizás porque me generó cierto malestar cuando me los contaron y eso llevó a que quedaran bien fijados en mi memoria. Calculo que habré pensado que aquel lugar era como el mismísimo infierno para ese hombre atormentado por la débil línea que separa la realidad de sus sueños o, en su caso, de su peor pesadilla. Creo que me sentí en peligro, muy cerca de poder llegar a esa misma situación e identificado con él. Y el miedo paraliza a todos, incluyendo al más vivo.

La primera entrevista entre el médico Torres y Martín fue breve. El paciente estaba demasiado sedado para explayarse en su versión de los hechos, por lo que el perito se limitó a explicarle cómo iba a ser el tratamiento.

Primero una tomografía seguida de un electroencefalograma, luego una resonancia magnética del cráneo y también otras exploraciones neurológicas. Tras estos estudios se comenzaría a suministrar medicamentos antipsicóticos y antidepresivos, al tiempo que se desarrollaban sesiones de terapias cognitivas y de conducta.

Todo esto fue por lo que tuvo que pasar Martín ya que la idea del médico se basó en atacar el problema de manera integral, abarcando no sólo lo estrictamente físico sino también lo psicológico.

-La mayoría de los estudios no arrojaron alteraciones significativas. Es todo muy extraño -explicó Torres a Dolores cuando se encontraron en la insípida sala de espera contigua al frío y oscuro pasillo que daba a las habitaciones de los pacientes.

-Entonces todavía no sabemos qué es lo que tiene, ¿eso me está diciendo?

-Los médicos del hospital no lo quieren ver o directamente no pueden, pero lo cierto es que yo creo saber qué le ocurre a su marido.

-¿Y qué es?

-Es complicado y, de hecho, va ser difícil que el resto de los médicos esté de acuerdo conmigo porque son casos muy pero muy raros, que ocurren una vez cada muchísimo tiempo.

-¡Hable, por favor! ¡No importa lo raro que suene!

-De acuerdo. Por lo visto, su esposo no tiene antecedentes de otros episodios psicóticos pero desde el accidente sufre delirios. Pero no de cualquiera tipo, sino que se trata del denominado *Síndrome de Capgras*, que también se conoce como “el deliro del doble”.

-¿Y eso que significa?

-Quiere decir que el enfermo pierde la memoria emotiva asociada con las imágenes de las personas más cercanas a él. En el caso de Martín, la suya. O sea, al ver su cara, la reconoce, la asocia con su nombre, pero perdió la conexión sentimental con esa imagen y ahora cree que usted no es su esposa sino un doble que reemplaza a la original Dolores Aqua.

-¿Por eso dice que yo estoy muerta y que soy una impostora que quiere hacerlo pasar por loco para quedarme con todo lo que es suyo?

-Exactamente.

-¿Y qué desencadenó este delirio?

-Principalmente, creo que el fuerte traumatismo que sufrió en su cabeza en el accidente le afectó el hemisferio derecho del cráneo donde funciona la memoria emotiva. Pero también es probable que esto sea una manifestación tardía de un trastorno esquizofrénico paranoide de base.

Lola miraba al psiquiatra sin entender la verdadera dimensión de la situación. Es más, le sonaba todo tan extraño que parecía un invento, tan descabellado como la propia versión que le repetía su marido.

-Señora –Torres llamó la atención de la mujer al advertir de las dudas de ésta-. Créame: hay muchas cosas de las que la mente humana es capaz que nos resultan prácticamente inverosímiles. El síndrome que padece su marido es uno de muchos.

-¿Ah, sí?

-Sí. Por ejemplo, hace unos meses estuve en España dando unas charlas y justo hubo un hallazgo muy inusual respecto de una mujer de unos sesenta años que murió por “el síndrome de Diógenes”.

-¿Qué me está diciendo? No entiendo nada.

-Estoy tratando de explicarle de que estas cosas raras, como le suenan, son verdaderas y pasan, no a menudo, pero pasan.

-Perdóneme. Siga, siga.

-En fin, ese síndrome llevó a la mujer a un aislamiento total, en el que comenzó a juntar residuos porque creía que estaba en una pobreza extrema y en algún momento le iban a resultar de utilidad. Es más, creía que la basura tenía valor y la colocaba junto a sus valiosas joyas porque tenía que ahorrar todo lo que le fuera posible. Y lo peor de todo es que esta persona desatendió por completo su higiene personal y la del hogar.

-Bueno, bueno. Muy interesante pero yo quiero saber qué va a pasar con mi marido. ¿Está loco? ¿Se va a curar?

-Creo que con medicación la presión delirante va a ceder y podrá volver a su casa, pero deberá seguir bajo tratamiento, quizás de por vida.

Al escuchar esa sentencia, Lola finalmente tomó una idea más acabada de lo que ocurría y si bien hasta ese momento había tratado de mostrarse entera, se quebró y

comenzó a llorar. El médico quiso consolarla pero ella, al instante siguiente, se secó las lágrimas e irguió la cabeza.

-¿Cuándo voy a poder hablar con él?

-Por ahora están canceladas todas las visitas familiares. Y en su caso es lo mejor, hasta que ceda la presión delirante.

Desde entonces, el tiempo pareció transcurrir cada vez más lento, como si prácticamente se hubiese congelado en el espacio. Así vivió los días del tratamiento de Martín toda la familia de éste, en especial, su mujer, quien se moría por verlo. Apenas si pudo presenciar a la distancia, y a través de un vidrio espejado, los encuentros entre su marido y el médico, quien no estuvo de acuerdo con esa presencia aunque no le quedó más remedio que sucumbir ante la insistencia de la mujer.

El informe que el perito tenía pensado entregar a la fiscal Ruíz, siempre y cuando sus colegas del hospital coincidieran con él, señalaba que a la exploración neurológica el paciente Martín Mare se mostró inquieto, con aspecto algo descuidado, tenso y suspicaz; habló coherentemente y sin alteraciones formales del pensamiento, con ideación paranoide y de manera auto referencial, interpretaciones delirantes, alteraciones perceptivas y nula conciencia de su enfermedad.

Por lo tanto, Torres recomendaba un tratamiento con dos miligramos de *risperidona*, aumentando esa dosis cada tres días hasta triplicarla u ocho de *haloperidol*, con lo que estimaba revertir parcialmente el episodio en un lapso de una semana a diez días.

“Al mismo tiempo se realizarán entrevistas para tratar de obtener una relación positiva con el paciente, estableciendo contacto con sus elementos sanos y con el objetivo de atenuar su ansiedad, recuperar el sentido de la realidad y dar apoyo”, indicó el médico en su informe.

Para Torres, era fundamental centrarse en “la enfermedad primaria” sobre la que se originó el delirio del doble, ya sea de naturaleza funcional u orgánica, pues en la mayoría de los casos, la respuesta al tratamiento de la primera extinguiría los síntomas del síndrome.

“Considero recomendable acompañar al tratamiento farmacológico correspondiente con una psicoterapia de apoyo y también será beneficiosa la modificación del entorno del enfermo”, añadió el perito de parte.

Pero lo más significativo del informe era la conclusión de que Martín no representaba ningún peligro para sí ni para terceros, lo que expresaba claramente que no era necesaria su internación sino que el tratamiento bien podía ser ambulatorio.

Cuando el médico le comentó el contenido de su informe a Dolores, ésta sintió un gran alivio. Y quien también respiró un poco más tranquilo fue el doctor Márques, que no podía aceptar que su cliente siguiera confinado en un pabellón neuropsiquiátrico junto a pacientes realmente peligrosos, algunos de los cuales ellos ya habían sido declarados inimputables en causas penales por delitos gravísimos, como el homicidio calificado.

-Va a salir peor de lo que entró si sigue acá adentro -sostuvo Dolores.

-No se preocupe. Por cómo está funcionando la medicación, estoy seguro que en un par de días, cuando estén terminados todos los informes, ya se podrá ir a su casa o a una clínica privada donde no lo van a tratar como a un preso y podrá recibir visitas como cualquier paciente común, como si lo hubieran internado por una hernia -aseguró Torres.

-Ahora depende de lo que digan los otros médicos, ¿no?

-No me preocuparía por eso. De hecho, creo que de acá en adelante todo depende de él.

-¿Cómo?

-Claro, la clave está en cómo va a reaccionar cuando la vuelva a ver a usted. Ésa es la prueba final. Si la pasa, todo va a salir bien.

La mujer sintió como si le hubieran cargado sobre sus delgados hombros un tremendo piano de cola. Y si bien entendía que ella no era la responsable de lo que le ocurría a su esposo, no podía esquivar la responsabilidad y el compromiso de hacer todo lo que estuviera a su alcance para ayudarlo ya que su destino y el de su hija estaban atados al de él.

Dolores, el doctor Márques y el psiquiatra Torres se encontraron la mañana siguiente en el hall central del hospital. Ella venía directo desde su casa en la villa y los dos hombres de los tribunales donde acababan de entregar un informe preliminar. Se los veía contentos a ambos, por lo que la mujer asumió que la fiscal Ruíz les había dado una respuesta satisfactoria.

-Voy a entrar con usted pero con Isidro nos vamos a quedar del lado de afuera, observando, pero sin que él nos vea, ¿le parece bien?

-Como usted diga -respondió Lola mientras apagaba el cigarrillo a instancias de un guardia del hospital que le recordó estaba prohibido fumar en todo el edificio.

-Tranquilícese. Todo va a salir bien.

-Eso espero. Estoy muy nerviosa. ¿No sería mejor que usted me acompañe?

-Lo sería en términos médicos, pero ahora es entre usted y él. Además, Martín la está esperando. Créame, todo va a salir bien. Vaya, que se hace tarde.

Los pasillos del hospital que condujeron a Dolores hasta la sala de recepción de visitas del pabellón neuropsiquiátrico le resultaron un largo y tortuoso laberinto. Ella oía resonar sus pasos en el duro suelo y, si bien no quería mirar hacia atrás, sentía los pies del abogado y del perito muy cerca de los suyos. Aceleró su marcha. Que todo esto se termine de una vez, por favor, no lo aguantó más, pensó justo antes de alcanzar la puerta

de ingreso. Hizo una pausa, ahí sí volvió la cabeza pero Márques y Torres ya no estaban a su espalda.

La sala de visitas del pabellón era muy parecida a la cafetería, quizás, porque esos dos lugares acaparaban la única claridad de todo el predio. Más allá de los amplios ventanales que copaban las paredes, la luz de ese día era difusa. En ese tímido mediodía marplatense, Martín se encontraba solo, sentado junto a una mesa que guardaba una silla vacía delante de él. El paciente estaba ubicado contra la pared, justo enfrente de la puerta de entrada donde había un enfermero. Ojeaba la sección deportiva del diario que mostraba la primera obtención de una medalla de oro olímpica para el fútbol argentino en la mítica Atenas.

Por los efectos de la medicación se había vuelto una persona más meditabunda ya que la bruma de su mente aún no se había disipado por completo y tenía que pensar más de dos veces lo que iba a decir. Era como si se pasara sentado una mañana entera en el muelle esperando que el sol rompiera un tedio blanco y gris, aunque las agujas se frenaban siempre antes de las doce y parecían retroceder hasta las ocho y así sucesivamente. En definitiva, Martín necesitaba en su día una estrella más potente y cercana, que estuviera a su alcance.

Apenas cruzó la puerta, Dolores no pudo recorrer el interior de la sala con la vista ya que su bolso se enganchó con el picaporte y como estaba a abierto el cierre (como siempre lo mantenía ella), su voluminoso, variado y nutrido contenido se desparramó por el todo el piso.

Martín y los otros pocos pacientes acompañados de sus visitas que encontraban dentro de la habitación se sobresaltaron por los ruidos y miraron inmediatamente hacia la puerta.



-Enfermero, ¿sería tan amable de ayudar a mi esposa? -pidió Martín al jovencito de ambo verde que estaba en la puerta, inmóvil y viendo cómo Lola, de rodillas en el suelo, colocaba pertenencias, una por una, nuevamente en su cartera.

Al escuchar a su marido, Dolores se reincorporó de un salto. Ya no le importaba que la mitad de sus cosas yacieran sobre el mosaico ni que el enfermero no haya movido un dedo para ayudarla. Parada junto a la puerta miró a Martín, quien ya había caminado unos pasos desde la mesa hacia su posición, y le sonrió.

-Dejá las cosas. Alguien las va a juntar -siguió él mientras miraba al enfermero y con un movimiento de su mano extendida le indicaba a su mujer que se sentara junto a él.

Lola seguía muda. Al igual que Martín, pero por causas bien diferentes, tenía que pensar muy bien lo que iba a decir, por cómo no se le ocurría nada que le agradase prefirió el lenguaje corporal. Ya no irradiaba su alegría sólo con su boca sino que había sumado sus ojos, más grandes y redondos que nunca, y sus finas y arregladas manos.

En cámara lenta, Martín y Dolores finalmente se sentaron a la mesa cuadrada, de un rústico marrón claro y con bordes de chapa barata. Él puso el diario a un costado y ella colgó su cartera desordenada en el respaldo de la silla. Extendieron sus manos hacia el centro y se entrelazaron sus dedos.

-Te extrañé -arrancó Martín mirando a los ojos de su mujer, quien respiraba aliviada, destilando la tensión por cada uno de sus poros.

-Yo también.

-Quiero pedirte disculpas -continuó él, abatido como un soldado que acaba de regresar de la guerra-. No quiero ni siquiera imaginarme lo que les hice pasar en los últimos días a vos y a Mili.

-No fue tu culpa. Yo también soy, en parte, responsable de todo esto.

-Te prohíbo que te sientas culpable por las malas decisiones de los demás, sobre todo, las mías.

-Sí, pero esas personas son mi familia.

-No importa. Acá ninguno de los dos tuvo la culpa. Nadie la tuvo. Son cosas que pasan y...

-Pero mejor no hablemos de eso ahora. No es el momento ni el lugar -lo interrumpió ella para mantener la tranquilidad de la charla y no elevar el nivel de estrés de su marido, tal como le había aconsejado el médico.

Trató de aguantarse pero a la mujer se le escaparon algunas lágrimas. Él se levantó de su silla, extendió su torso hacia delante y la besó en la boca. Luego charlaron un rato, pausadamente, de Milagros y su reciente cumpleaños de dos, y también de asuntos cotidianos como el clima y el trabajo. Pero a Martín le costaba mantener su atención y por momentos se quedaba callado y perdía el contacto visual con su interlocutora.

El horario de visita estaba por acabarse y Martín sentía que ya no podía evitar decirle a su mujer cuál era ése asunto pendiente que le daba vueltas en su agitada cabeza. Aquella revelación no había quedado relegada por los delirantes días posteriores al accidente ni por el somnífero período dentro del hospital. Sino que era vieja y bien profunda, y ahora quería salir a flote. Esperó a que ella guardara silencio, la volvió a tomar de la mano y la miró fijamente a los ojos.

-Estoy pensando la mejor forma de contarte algo muy importante. Pero no se me ocurre cómo, así que voy a hacerlo directamente.

-Está bien. Pero lo podemos hablar en otro momento, si querés. Quedate tranquilo. No hay apuro.

Pero el Martín testarudo de siempre estaba de vuelta, aunque en una versión más dócil, dadas las circunstancias.

-¿Alguna vez sentiste lo inmensa que es la oscuridad? Es como estar varado en la nada.

-...

Dolores lo miró seria, algo descolocada y temerosa del destino final de esa extraña frase que podía arruinar la conversación que habían desarrollado hasta ese momento.

-Acá adentro me sentí de esa manera. Pero fui luchando contra ese horrible sentimiento y cada vez que me volvía a invadir recordaba lo que me contó mi mamá una vez que yo era chiquito y no quería ir a misa.

-¿Qué te decía tu mamá? -preguntó ella ante la pausa de su marido.

-Ella me hablaba de la historia de un hombre que moría y aparecía en un lugar negro, ausente de sonidos, imágenes, colores y cosas. Completamente vacío. El hombre podía mover su cuerpo pero siempre estaba en el mismo lugar. Abría la boca para hablar pero no se escuchaba ni una sola palabra. Entonces le pregunté a mamá si ése lugar era el infierno y ella me respondió que no, que era “la nada”. Le pedí que me explicara por qué le había pasado algo tan feo a ese hombre y ella me dijo: “Porque cuando vivía no creía en nada.”

-¡Ay Martín! Eso es horrible. Parece un castigo, una penitencia. ¿Te sentís bien? ¿Querés que llame al médico?

-No hace falta. Me siento bien. Así que dejame terminar antes de que te vayas.

-Perdón.

-En fin, mi mamá me contó esa historia desde un punto de vista religioso, vinculado a la existencia de Dios. Pero más allá de ese contexto tenía razón porque para poder vivir lo más feliz y pleno posible hay que creer en algo.

-Seguro. Pero también hay que creer en alguien.

-Tal cual.

-¿Y vos crees en mí?

-No -respondió Martín en seco.

Dolores lo miró preocupada. No entendía nada. Entonces echó la espalda hacia atrás, golpeándola contra la silla plástica, por lo que él inmediatamente le apretó fuerte la mano.

-No estoy seguro –sonrió él-. Pero sí creo en lo que siento por vos, que es mucho mejor porque viene directo del corazón sin pasar por la mente.

Dolores exhaló como si hubiera resucitado.

-Es puro y no se envicia con los sueños, ideas ni pensamientos, y con todas esas cosas malas que nos rodean a todos –continuó él-. ¿Entendés?

La mujer posó sus ojos vidriosos en la mirada cansada de su esposo. Y nerviosa y perpleja reflexionó unos instantes.

-No sé si creo en todas esas mismas cosas de las que acabás de hablar –señaló ella-, pero sí creo en vos.

-¿Desde cuándo?

-Desde Siempre.

Martín y Lola se miraron unos segundos, lo que dura la paz interior; luego ella, más segura y tranquila, se paró, le dio un beso y se despidió.

-Me voy. Tengo que ir a buscar a Mili y después ir al negocio, pero mañana nos vemos -dijo la mujer mientras caminaba hacia la puerta de la sala de visitas y él la saludaba apoyando los dedos de su mano derecha sobre sus labios.

Luego de la partida de Dolores, Martín se quedó inmerso en sus pensamientos, sentado a la mesa que volvía a tener una silla vacía frente a él, antes de regresar a su habitación. Aquel hombre tenía muchos jueces en su vida y en ese momento los odiaba más que nunca, excepto a uno, el único que le importaba y al que acababa de convencer, aún sin necesidad de hacerlo, de quien era él verdaderamente.

Su verdad todavía tambaleaba pero su esposa terminó por recordarle que son los sentimientos los que mejor definen a las personas. Una idea que él mismo había tratado, casi sin convencimiento y por compromiso, de decirle a ella hacía un año y medio cuando se descubrió la verdad sobre Toni. Y en aquel entonces Martín creyó que esas palabras sonaban vacías pero ya no.

Ahora, que al fin le había asignado un significado firme a aquella idea, tenía el camino un poco más allanado para emprender el complicado regreso a quién él había sido hasta no hace mucho tiempo atrás. Su norte era el mar, el mismo que lo aguardaba en la villa, su casa, su hogar, donde pretendía terminar su viaje.

*Buenos Aires, abril de 2009.*